

ONCINA, F. y ROMERO, J. M. (eds.) 2016, *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, Granada: Comares. ISBN 978-84-9045-416-9, 228 páginas.

La historia conceptual está ya consolidada como una de las perspectivas más destacadas del panorama filosófico actual. Sin embargo, aún son muchos los interrogantes abiertos por ella en torno a la importancia del pasado para la comprensión del presente, así como en torno al modo y la posibilidad de leer y entender dicho pasado. Siguiendo la estela de otros libros editados por F. Oncina en relación con esta temática, *La historia sedimentada en los conceptos* trata de poder determinar con mayor concreción dichos problemas, apuntando de este modo hacia una posible respuesta a los mismos. Para ello, en esta ocasión, se acude a uno de los frentes abiertos más importantes en el desarrollo mismo de la historia conceptual, a saber, su relación con la “crítica de la ideología” —por la que se entiende las diversas actualizaciones de la teoría marxista, de Althusser a la Escuela de Frankfurt, desde Bloch hasta M. Postone—.

En un sentido general, este libro colectivo trata de apuntalar la tesis de que la contraposición anunciada por la dualidad “historia conceptual” y “crítica a la ideología” es equívoca, pues su relación no es la de la contraposición, sino la de una posible convivencia dentro de un mismo proyecto filosófico. Como ya se anuncia en la presentación al libro por parte de los editores (vii-ix), dicha contraposición es errónea en la medida en que ambas perspectivas pivotan en torno al significado de un mismo concepto, la *crítica*, al objetivo de ésta, el *presente*, y al elemento que la posibilita, la *historia sedimentada en los conceptos*. Desde esta relación común es posible articular una “confrontación fructífera de historia conceptual y crítica de la ideología” (ix).

El desarrollo de dicha tesis pasa por el examen de los términos aludidos. En el capítulo inaugural del libro, F. Oncina se propone articular el sentido de *crítica* y de los conceptos subyacentes a él en R. Koselleck, figura principal de la historia conceptual. En primer lugar, el término “crítica” dirige la mirada directamente a la Ilustración. De hecho, es en la polémica en torno al sentido y la función de la esfera pública en el Siglo de las Luces donde se iniciará el diálogo entre estas dos tradiciones encarnadas en Koselleck y Habermas (7-12). La noción de crítica se sitúa, en segundo lugar, en la cuestión de cómo

leer la historia, a partir de la cual se exponen las objeciones de la escuela de Cambridge a la historia conceptual (12-8). Hay un tercer sentido de la “crítica” enlazado con la pretensión más interesante de la historia conceptual: la que hace que el historiador solo pueda cumplir su función en tanto que crítico de la ideología. Pero esto lleva a plantear el problema del “estatuto epistémico especial del crítico” (22), otro punto de convergencia entre la historia conceptual y la teoría crítica que, además, constituye el nudo gordiano en el que se ubica la propuesta actual de H. Rosa (19-28).

La cuestión del “estatuto epistémico” del crítico lo afronta el siguiente ensayo del libro, de G. Duso. En un primer momento, este artículo se interroga por los límites de la historia conceptual ya trazados anteriormente, para luego desarrollar cómo ésta funge, siguiendo a Koselleck, de “crítica de la ideología” (32-8). Al mismo tiempo, introduce —al trasluz de los desarrollos de Kant, Hegel y Platón (38-46)— el “dualismo” que implica toda crítica y, por tanto, el problema fundamental que ésta lleva consigo: el lugar *neutral* desde donde llevarla a cabo; algo que presupone un conocimiento puro, aséptico, una *fundamentación última* del conocimiento que, sin embargo, parece no poder ser alcanzada. En suma, “la tarea del pensamiento en el presente” podría cifrarse en hallar un sentido de crítica que “no dependa de la pretensión de tener una comprensión finalmente verdadera de la realidad” (46), intento representado por los esfuerzos de la *storia concettuale* de la que Duso es máximo representante.

El intento precedente llevado a cabo por Oncina y Duso de establecer una “confrontación fructífera de historia conceptual y crítica de la ideología” se ve completado por el séptimo capítulo del libro (125-34). Allí se analiza la oposición más obvia entre Koselleck y Marx: las determinaciones de los conceptos sociales son en este último solo indicadores y no factores del proceso histórico, como sí piensa el primero. Ahora bien, el concepto de “ideología” en Marx permite hacer más flexible esta rígida distinción, como intenta demostrar E. Müller con un análisis de *La ideología alemana* (126-8) y de *El Capital* (129-33).

Por tanto, estos tres capítulos abordan directamente la relación entre la historia conceptual y la crítica de la ideología, convirtiéndose en la columna vertebral del libro. En los siguientes hay un mismo hilo conductor: la cuestión de la asepsia de todo prejuicio que *debería* presuponer la acción crítica. Este hilo conductor, enhebrado por los puntos de confluencia entre la historia conceptual y la crítica de la ideología (la *crítica* a partir de la *historia sedimentada en los conceptos*) se bifurca en dos direcciones. Por un lado, surge el interrogante de *cómo entender el pasado* y las ideas contenidas en él. En el capítulo tercero (49-64) R. Rodríguez García aborda magníficamente las diferentes etapas del

entender fenomenológico del pasado franqueado por Heidegger a partir del concepto de “evidencia” de la fenomenología husserliana. Esta cuestión es encarada de manera análoga por J. A. Nicolás Marín y J. M. Romero en el undécimo capítulo (193-223) a través de una incursión en la lectura de la historia de Ellacuría, nacida a partir de la fenomenología de Zubiri y su “aprehensión intelectual”. En esa misma órbita también se mueve el ensayo de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, cuyos “claroscuros” y “tensiones” en su comprensión del pasado son puestos de relieve por G. Cano en el capítulo sexto (99-121). Por otro lado, el conjunto de contribuciones restantes afronta el modo de cómo articular *el lugar* desde donde efectuar la crítica. Este tema, en la estela de las relaciones entre historia conceptual y crítica de la ideología, lo examina G. Rametta en Marx, Adorno y Althusser (cap. 8, 135-50). A. Lastra se centra, en el cuarto capítulo, en la filosofía de O. Marquard (65-74), más concretamente, en los conceptos de *Sképsis* y *Hypólepsis*. Siguiendo el rastro de la tradición marxista, destaca el décimo artículo del volumen, de J. C. Lago (165-92), quien profundiza en la polémica entre Postone y Harvey en torno a la dependencia o independencia de los postulados económicos marxistas (basados en un análisis del concepto de “trabajo”) respecto a los históricos (basados en el concepto de “lucha de clases”). Frente al interrogante de cómo entender nuestro presente, J. Seoane Pinilla plantea un estudio de la historia desde *El sobrino de Rameau* de Diderot o *El cosmopolita o el ciudadano del mundo* de Fougere de Monbrón (cap. 5, 75-98). Para finalizar, E. F. Bocardó recuerda el peligro que entraña la “crítica” al deber ser enmarcada en un horizonte de conocimiento y acción absoluto, examinando el discurso teleológico usado por G. W. Bush para legitimar la Guerra de Irak (cap. 9, 151-64).

Son esos dos problemas, desarrollados en el libro desde una perspectiva general pero anclada en uno u otro autor específico (Marquard, Heidegger, Nietzsche, Marx, etc.), los que —como se ha dicho— subyacen al punto en común entre historia conceptual y “crítica de la ideología”, apuntando así (aun oblicuamente) hacia la tesis aludida al inicio del libro, a saber, que ambas solo son soluciones diferentes y no contrapuestas al mismo desafío.

DAVID HEREZA MODREGO
Universitat de València

